

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE NO OFICIAL.

SIGUEN LAS CONFERENCIAS PREDICADAS EN NUESTRA SEÑORA DE PARIS, POR EL REVERENDO PADRE FELIX, JESUITA.

Conferencia VI.

ULTIMO FIN DEL HOMBRE.

(Continuacion.)

Hay filósofos que cuentan mucho con la ley de la abstinencia. Direis al hombre: abstente para no dañar á los otros. Abstente de lo que te daña, lo comprendo, abstente de lo que te hace dichoso, no lo comprendo. Abstente de lo que te aleja de tu destino, lo comprendo. Abstente de lo que te conduce á tu destino, no lo comprendo. ¿Qué le opondreis? ¿La virtud que es la fuerza, que como un viajero vigoroso, hace remontar en lugar de seguir al rio de las pasiones? No lo comprendo. La fortaleza para ir al objeto; enhorabuena, lo comprendo. Pero la fortaleza para alejarme de mi destino, ya no lo comprendo. La virtud, decis, es sobre toda abnegacion, es el sacrificio. Y pregunto: ¿por qué admitiré la ley suprema de sacrificar mi destino al destino de otro? Esto no es posible; si el goce es destino, mi primera virtud consiste en conquistarle: mi mayor crimen seria renunciar á él. Pues bien, no renunciaré *vivam et fruar deliciis*. Si, gozaré de las delicias. Y vosotros que me veis

hacer, haced como yo, salvad vuestra alma, haced vuestra salvacion! Hacer su salvacion, es gozar: salvar su alma es gozar. Haced vuestra salvacion, salvad vuestra alma y gozad como yo de lo que existe, aguardando á lo que va á venir.

Ved, señores, lo necesario, lo irrevocable. Pero entre su destino y las realidades de la vida, encuentra el hombre un obstáculo. Cuando queremos alcanzar un término que se nos propone como el último, sentimos que haya alguna cosa que nos rechace de él. Ese goce que perseguimos parece alejarse de nosotros en la proporcion de los esfuerzos que hacemos para alcanzarle, y el hombre encuentra por medio de su trabajo al que pide el goce, mas goce todavia en crearse dolores que en crearse placeres. Y al tiempo mismo que siente el hombre como una mano que le impele á su destino, siente como otra mano que le retrae y que parece decirle: no alcanzarás tu destino. Entonces el hombre se mira, trata de darse cuenta de sí mismo á sí mismo; entonces se le aparece esa espantosa contradiccion entre su tendencia y lo que se llamaba su destino, no esencialmente como una contradiccion, sino como un desorden, como una iniquidad, como una injusticia, como una tiranía. Esa mano que cree sentir sobre sí alejándole de su destino, es para él como la mano del salteador que se apodera